

A LOS GENERALES, JEFES Y OFICIALES DEL EJERCITO ESPAÑOL

Os decía en la segunda carta que hace un año os ~~de~~ dirigi: "En previsión de una tercera guerra mundial, vuestro caudillo parece que to ma, por si y ante si y sin preocuparse de la voluntad de la Nación, la decisión de declarar a España beligerante dentro de uno de los dos bandos, mediante el estipendio que se convenga". Empleaba el verbo "pare ce" porque nunca podía creer que semejante ignominia llegara a ser co metida y tolerada por compatriotas míos, pero a partir del 26 de Septiem bre, la venta de la soberanía nacional es un hecho consumado sin previa consulta al país ni a esa ficción de Cortes a las que se ha tenido el sarcasmo de comunicar el texto del Pacto, "para ser aprobada", después de firmado y entrado en vigor.

La Historia de España nos enseña que nuestro territorio ha sido in vadido, ocupado, asolado, saqueado, en multitud de ocasiones, a pesar de la defensa heroica de los españoles, pero jamás, ¡JAMÁS! se había dado el ca so de que fuera VENDIDO. Repasad todos los Jefes de Estado que ha habi do en España: los reyes de las distintas Monarquías, los presidentes de las dos Repúblicas, el Dictador Primo de Rivera, y no encontrareis uno solo capaz de cometer esa venta humillante, precedida de un regateo más propio de mercaderes de feria que de estadistas, que nos ha cubierto de vergüenza a todos los españoles y a vosotros los primeros, aunque no podáis expresar libremente vuestra indignación por la mordaza que os está impuesta.

Por favor, no me digáis, como otras veces, que vuestras dificultades económicas, "el problema de los garbanzos" como gráficamente las lla mais, os impiden pensar o juzgar sobre lo que hacen en las altas esferas gubernamentales. ¿Crecéis que esas dificultades cotidianas no existen para nosotros los españoles exilados? Pues sabed que este proble ma se presenta en condiciones muchísimo más duras que a vosotros, a los que despojados de nuestros recursos y de nuestras carreras, muchos en plena vejez, tenemos que acojernos a un país que no es nuestra Patria, luchando con las dificultades de ser extranjeros y aún perseguidos por la acción tentacular de vuestro Régimen que se extiende por más acá de los Pirineos con la intención de hacernos sucumbir, físicamente, priván donos de medios de vida, o moralmente, obligándonos a capitular de nues tros ideales y regresar a España para acojernos al perdón o al casti go del Dictador, según su capricho, por un delito que es él el que lo ha cometido.

En demostración de esto os diré que, habiendo recibido en cierta oca sión una invitación y un ofrecimiento de cooperación en un importantí simo centro técnico extranjero de mi especialidad, la invitación y el ofrecimiento quedaron sin efecto por haber puesto el Caudillo su veto a que se me hiciera objeto de estas distinciones. En cambio he recibi do la oferta de dos altísimas personalidades españolas, la visita de dos emisarios officiosos y el anuncio de un tercero "con bandera blanca" in vitandome a volver a España donde sería repuesto en todos mis anterio res cargos y derechos y pidiendome que indicara mis condiciones. Otros muchos exilados han recibido proposiciones análogas que, aceptadas, hu bieran puesto fin a toda nuestra angustiosa situación de desterrados, pero todos las hemos rechazado prefiriendo las privaciones, las incerti dumbres y la dureza de la vida en el exilio a renunciar al sentimien to íntimo de nuestra propia dignidad, que no podéis apreciar dentro de

condiciones. El problema de los garbanzos como gráficamente las lla mais, os impiden pensar o juzgar sobre lo que hacen en las altas esferas gubernamentales. ¿Crecéis que esas dificultades cotidianas no existen para nosotros los españoles exilados? Pues sabed que este proble ma se presenta en condiciones muchísimo más duras que a vosotros, a los

la situación en que os encontráis. Os cito estos hechos, cuyos detalles puedo daros si tenéis alguna duda de su autenticidad, para que veáis que cuando el ideal del honor no se ha perdido ni entibiado, los problemas materiales de la vida deben y pueden ser relagados a segundo término por muy apremiantes que sean.

Las últimas decisiones tomadas por vuestro Caudillo son de tal gravedad que os tienen que obligar a considerar seriamente la situación en que os encontráis, sirviendo en una fuerza armada que, aunque lleve a estar dotada, gracias al oro americano, de toda clase de armamento ultramoderno, no puede llamarse Ejército Español por no estar al servicio de la Nación Española, sino al del Dictador impuesto por la fuerza y al de una Potencia extranjera que lo paga. En estas condiciones no tenéis derecho a consideraros como militares españoles, ni a llamar a filas a los muchachos del pueblo exigiéndoles por la fuerza que presten juramento de obediencia a un poder ilegal, que no tienen ninguna obligación moral de cumplir, como tampoco tenéis vosotros la de cumplir vuestro juramento de servir a un Caudillo que ha sido el primero en faltar al suyo.

Todo esto que afecta a vuestra dignidad y a vuestro honor de militares españoles, ya os lo había expuesto en mis cartas anteriores, pero ahora concurren circunstancias de mucha mayor gravedad por tratarse de la independencia y de la vida misma de nuestra Patria.

En estos últimos tiempos se os ha incitado a exacerbar el sentimiento de honor nacional herido desde hace dos siglos y medio por la presencia de la bandera inglesa sobre la tierra española del Peñón de Gibraltar. Pues bien, el Pacto firmado por vuestro Caudillo con los E.E.U.U. establece otros gibraltares americanos que afectan mucho más al decoro nacional que al británico: 1. porque, en realidad, todo el territorio español se convierte en un Gibraltar puesto que los E.E.U.U. pueden elegir el emplazamiento de sus bases militares en donde les convenga; 2. porque la presencia inglesa en Gibraltar nos ha sido impuesta por la fuerza de una Nación mucho más poderosa que la nuestra, habiendo derramado los españoles su sangre para rescatarlo hasta ver aplastadas nuestras fuerzas, lo que constituye un hecho doloroso e irritante, pero no vergonzoso para España, mientras que los gibraltares americanos se instalan mediante una venta de la soberanía nacional, lo que constituye el mayor baldón de ignominia en nuestra historia; 3. porque en la plaza de Gibraltar, cubierta por la bandera inglesa, los ingleses son los responsables de todo cuanto se haga, mientras que los gibraltares americanos cubiertos con un trazo rojo y amarillo simulando la bandera española y bajo el mando ficticio de un testaferrero español con uniforme de general (no puedo creer que ninguno de vosotros, mis antiguos compañeros, acepte semejante y ridiculo cargo aunque sea retribuido con todos los dólares del tesoro americano) la total responsabilidad de los actos que estos ejecuten será de España, gracias a esas ficciones de soberanía únicamente dispuestas para engañar al pueblo español, y 4. porque desde hace más de tres años se sabe que el objeto del Pacto que los E.E.U.U. preparaban con el General Franco era el de encontrar en el occidente de Europa una base para lanzar sus bombas atómicas contra la U.R.S.S., a lo que todos los países se habían negado porque, sometidos sus gobiernos a un régimen democrático, nada podía hacerse en ellos sin contar con la voluntad de los pueblos, que, natural

mente, se oponían a ver aniquiladas sus más importantes ciudades en las inevitables represalias que seguirían al primer ataque atómico lanzado desde su territorio por los americanos. Quedaba, pues, para constituir el sólo depósito de bombas atómicas americanas en Europa y como base de partida para este clase de ataques, únicamente España en donde la voluntad del pueblo no cuenta para nada y un Caudillo con poderes omnímodos puede decidir de la vida o la muerte de la Nación como de una mercancía de que se dispone libremente para venderla.

Podeis decir que el Pacto, por lo pronto, os proporciona varios millones de dólares contantes y sonantes, mientras que los riesgos de guerra son muy remotos y problemáticos, pero tened en cuenta que, aún prescindiendo de toda consideración de honor y de soberanía nacional, si el Caudillo ha pactado con el Pentágono confiando en que la guerra no ha de estallar, o en una media vuelta, tan habitual en él, en caso de que estalle, está completamente equivocado; vuestros más insignes tratadistas militares, como el General Kindelán, han demostrado que la guerra es inevitable. El comunismo y el capitalismo son dos principios sociales tan antagónicos como el fuego y el agua y la coexistencia de ambos en un planeta tan pequeño (dados los actuales medios de comunicación) como es la Tierra, es imposible. Cualquier manifestación de concordia hecha por una parte es interpretada como signo de debilidad o de temor por la otra, que con esto redoble su acometividad y necesariamente tiene que venir el conflicto armado entre ambas, en el que, en virtud del Pacto, España está llamada a representar el papel de cabeza de turco, arrojando toda la responsabilidad y todo el riesgo de represalias desde el primer ataque. Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla, los más importantes núcleos de población y de industria, con sus millones de habitantes, han sido condenados a muerte por este Pacto firmado a espaldas del pueblo español y ante vuestra pasividad.

Si ante esta gravísima situación, ni el pueblo español que posee la fuerza de la masa, ni vosotros que tenéis la fuerza de las armas, no reaccionais, en los gibraltares yankees de España habrá que colocar, con mayor fundamento, el lema escrito en las columnas de Hércules del Gibraltar británico: "NON PLUS ULTRA" "FINIS HISPANIAE".

En el exilio, Diciembre de 1953

El Ministro de Asuntos Militares
del Gobierno de la República.

Emilio Herrera.